



Benedicto Lorenzo de Blancas

Nacido en 1920 en la turolense localidad de Blancas. En la década de los cuarenta trabajó de maestro en Valdeconejos y escribió “Sonrisas”, un libro de lectura infantil con ilustraciones en color, uno de los primeros de este tipo que se elaboraron en España. Empezó a trabajar de funcionario para el Instituto Nacional de Previsión y fue trasladado a Zaragoza, ciudad en la que ha vivido desde entonces.

En los años cincuenta se integró en el “Grupo de Poetas del Niké” que comenzó a gestarse en la capital del Ebro. Desde entonces ha publicado numerosos poemarios: *Voz interior* (Madrid, 1963), *Regreso a la tierra* (Zaragoza, 1976), *Fondo de soledad* (Barcelona, 1978), *Norte de Esperanza* (Zaragoza, 1978), *Poetas aragoneses* (Zaragoza, 1986), *Víspera de ti* (Barcelona, 1998), *Testimonio* (Zaragoza, 2001) y *Clepsidra del destino* (Zaragoza, 2001). Los tres poemas que se reproducen a continuación fueron escritos hace muchos años, intentando inspirarse con temas relativos a nuestra tierra.

Breve poemario de la tierra

Benedicto Lorenzo de Blancas

EL AZAFRÁN

Un mar de flores violeta
en la fría madrugada;
un tibio sol en que apenas
se desvanece la escarcha;
un ajeteo de manos
de estremecidas muchachas,
(un préstamo convenido
de vecindad castellana,
un rito que se consuma
en una cita del mapa),
que cortan el firmamento
y lo ponen en su halda.

De aquel mar azul violento
las mozas que lo domaran
al carro que las espera
llevan las cestas colmadas,
llenas de grandes ojeras
y las bermejas pestañas.

Cuando otra cesta se extiende
sobre aquel mar, que ya es playa,
que imparte copas de anís,
chocolate y mantecadas,
entre risas y decires
que hacen moza la mañana.
Al mozo de la cuadrilla
han asaltado las mozas;
le quitan los pantalones,
sus intimidades violan.
Nadie sabe lo que ha habido
en tan singular alcoba;
quién resultara vencido,
de quien fuera la victoria;
el mozo nada declara,
las mozas nada pregonan;
sólo el tiempo lo dirá,
cuando los trigos engordan.

La mesa llena de rosa
que ágiles manos amenguan.
Los silencios y los diálogos
sabiamente se entremezclan.
Como fruto de la tarde
y el afán que los alienta
montones de rojas brines
que la jornada compendian.

Al límite de la tarde
hay una pequeña tregua.
Salen las esbrinadoras
(y los mozos las esperan).
Se despiertan las guitarras,
se desesperan las piernas,
y en un singular instante
el ámbito se hace fiesta.
Y otra vez el ritmo mágico
se oye después de la cena...
hasta que a la media noche
fina el montón y se acuestan.

Cuando el ama de la casa
tuesta la roja cosecha
y brilla en el blanco lienzo
la síntesis que la expresa...
el aroma que se expande
hasta el horizonte llega.
Broche de una teoría
de trabajos de una tierra.
Arcángeles invisibles,
escultores y poetas,
están grabando en el tiempo
un año más y unas fechas.

LOS PEIRONES

Los peirones son vigías
que otean las lejanías
al comenzar los caminos.

Los peirones son señales
que pregonan, como anales,
de los pueblos las historias.

Los peirones son airones
que llevan las bendiciones
de los santos que los moran.

Un peirón en cada punto
vigila los cuatro asuntos
de las afueras del pueblo.

Como afilada tijera,
corta senda y carretera,
desde su peirón San Roque.

Sobre su humilde rincón
hace guardia San Antón
al camino de la Virgen.

En los Dolores se empina
San Isidro y encamina
la dirección de Pozuel.

Las Almas, en Carravilla,
a las eras de la trilla
por el carasol dirigen.

Los peirones son presencia,
los peirones son mensaje,
forman parte del paisaje,
son algo de su conciencia:

Al mediodía profano,
en el ardor del verano,
una leve sombra en pie.

En la tarde recatada,
son acogedora grada
de cansados paseantes.

En las noches sin candiles
parecen guardiciviles
que desbaratan las sombras.

En las madrugadas frías
vibran como avemarías
por los hombres en los campos.

LA BENDICIÓN DE LOS TÉRMINOS

Es el pueblo que camina. Porta
en sus manos las cruces y banderas,
en su frente la duda y la esperanza,
en su pecho la súplica y la ofrenda.

Va del templo a la ermita y de ésta al monte,
matinal hormiguero oscuro y cálido,
va del pecho a la boca y de ésta al aire,
traspasando las calles y los campos.

Hilando su presente y su futuro,
en el astil de las banderas llevan
cuando buscan a Dios para sus vidas,
con recia voz, la tradición austera.

Ya avanzan por el monte. Lentamente
superan el camino y abren senda
entre robles, encinas y jarales,
entre piedras, matojos y malezas.

Bajo un cielo azul, limpio y extenso,
algún pájaro vuela, libre y próximo,
alguna madriguera atenta esconde
algún sobresalto largo e insólito.

Rojos escaramujos y gabuyas
ornan el verdioscuro y gris paisaje.
Del tomillo, el romero y la retama
se alza un pleamar de aromas inefable.

Ya está el altar dispuesto. Es como un hito
de griegas y latinas resonancias,
cuando la primavera esplendorosa,
como una joven diosa se levanta.

Recita el sacerdote sus plegarias.
El pueblo recogido le responde,
y Dios solemne, paternal, solícito
en el inmenso espacio las recoge.

Se alza la cruz, traza el signo sagrado
hacia los cuatro puntos cardinales
y queda todo el campo bendecido,
ancho y verde, encendido y palpitante.

Cuando a la tarde, la misión cumplida,
hacia el hogar la procesión regresa,
su júbilo voltean campanas,
y el pueblo que quedó sale a su espera.

A las puertas del templo, en par abiertas,
los mozos, que las llevan en el aire,
las banderas humillan y levantan,
en prueba de su brío y su homenaje.

La bendición final del sacerdote
y la salve final a la Patrona
ponen punto final a la jornada
en la que el pueblo pone su fe toda.